

El alma de la ceniza

Luciano González Suárez



© Luciano González
Depósito Legal: AS - 6402 / 2010
ISBN: 978-84-614-6509-5
Impresión: HiFer Artes Gráficas / www.hifer.com

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo o alquiler o cualquiera otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin permiso previo y por escrito del titular del Copyright.

© El Copyright y todos los demás derechos son propiedad del autor y está debidamente registrado en el Registro General de la Propiedad Intelectual de Asturias.

En memoria de Ramón el de Licia, mi padre.

Introducción

Sobre el año 80 adquirí una enciclopedia universal Logos. En aquella época no existía aun, tampoco creo que se la esperara, esta informática tan universalizada que hoy conocemos, ni mucho menos Internet con sus enormes posibilidades. En el espacio reservado a la acepción Asturias incluía, representando a la región, una panorámica de un lugar que me resultó conocido. La foto mostraba un conjunto paisajístico formado por un entorno verde y montañoso de la parroquia de Tolivia. Se distinguía al fondo de ella, como enclavado en un valle, el propio pueblo de Tolivia y detrás suyo el de les Palombes así como el monte del Cordal y siguiendo la carretera que serpenteaba en dirección a la Collaona aparecía la Bárgana rodeada por un vergel de exultante belleza. Oculto por la floresta, se adivinaba el lecho de un río que partía en dos la panorámica. En su lado de acá, como en un primer plano se encontraban unas construcciones harto familiares compuestas por chabolas, cuadras y casas. Una de ellas, la más visible por ser la de mayor proximidad al artista, resultaba ser “nuestra” cuadra en el pueblo, y aunque de apariencia discreta, sin ningún alarde especial, encajaba de tal forma en aquel universo que parecía formar parte del mismo como pudieran ser los prados, los árboles, las nubes o los pájaros. Me impactó aquella ilustración por lo que tenía de simbólico y por que

de algún modo venía a darme la razón respecto de lo que yo consideraba un entorno natural único.

Los vecinos de la parroquia de Tolivia que lean esta historia reconocerán sin duda en el Cantillu al pueblo de la Cuesta Baxo, lugar donde vinieron al mundo gran parte de mis antepasados, donde nacieron mis padres, mis hermanos y yo mismo. En su ambiente se desarrolló mi infancia, desde el primer paso y la primera letra al primer recuerdo o primer beso y es a él a donde regreso, siempre que las obligaciones lo permiten a reponerme del ajetreo diario y a disfrutar de su privilegiado universo.

Denominar al pueblo con su nombre real, la Cuesta Baxo o Cuesta de Abajo dicho en correcto castellano, hubiera podido interpretarse, entendí, como una expresión que tuviera que ver con el contenido o filosofía de la novela, cuando no es el caso, gozando además el topónimo Cantillu de mi simpatía pues al margen de que se trata realmente de una zona aledaña al pueblo estrechamente ligada a mi infancia, su mera entonación me transmite sensaciones agradables y valores positivos, brisa que acaricia, sol que llega para quedarse y humildad y orgullo a un tiempo.

Los recuerdos que van quedando de aquellos primeros años en el pueblo, parecidos sin duda a los de cualquiera de mi generación, se asemejan al blanco y negro del “nodo” que veíamos en el cine, años de bacinillas bajo las camas, de palanganas ejerciendo de lavamanos, de baldes de la ropa simulando al moderno jacuzzi, de ir a la fuente por agua y lavar los trapos sucios en el río.

Son recuerdos de juegos infantiles baratos como la miseria, la pelota gastaba forma de bote de plástico y las porterías

se conformaban mediante dos pilas de piedra, con el estira gomas de elaboración casera lanzábamos chinas al cielo y a los pájaros y cuando llovía jugábamos a la cáscara o a la bolicha debajo del hórreo. Hasta alcanzar la adolescencia en que los paisanos tenían por fin a bien dotarnos de pantalones largos, fueron tiempos de llagas permanentes en unas piernas desnudas, de gatear por cerezos y manzanos en busca del fruto prohibido, los críos de entonces, supongo que los de ahora, aunque en otras circunstancias, actuarán de un modo parecido, no concebíamos subirnos a un árbol nuestro, era condición indispensable que el riesgo formara parte del juego, a poder ser que el dueño fuera un viejo cascarrabias y que te pillase subido a las ramas para recrearse en la incertidumbre que iba desde el momento en que te lanzabas al suelo y el de escapar de sus zarpas por los pelos. Fue una infancia de miedos sin coartada: a la oscuridad, a los ogros, a los duendes, a las brujas, a la guardia civil y en mi caso, quizás por esa timidez enfermiza que siempre me acompañó, miedo a relacionarme con desconocidos, a picar a una puerta, miedo a otros ambientes.

Los niños de entonces, en el esfuerzo físico que no en el intelectual, crecimos a un ritmo vertiginoso. Con no más de diez años ya ayudábamos en las faenas del campo. A excepción de la siega con guadaña para la que se requería mayor fuerza bruta, de la que no disponíamos hasta los trece o catorce años, participábamos activamente en el resto de las tareas de la hierba. A esa edad de diez años ya subíamos al monte a ordeñar las vacas y las lindiábamos en las fincas alejadas al pueblo.

Pensar en la comida de entonces me produce un regocijo difícilmente explicable pues se trataba de una dieta vulgar

aunque reconozco que exquisita. El desayuno se reducía generalmente a un tazón de porcelana descascarillado que contenía un chocolate “Mayín” o “Troya” preparado con agua donde mojábamos unas rodajas de pan. Al medio día disfrutábamos de una extraordinaria variedad de platos, si un día tocaba cocido de patatas con su compango correspondiente a base de chorizo y morcilla para terminar con una taza de leche de nuestras vacas, al siguiente eran patatas y berzas, y al otro patatas y arroz para concluir el primer ciclo de comidas con patatas y fréjoles, manteniéndose eso si el mismo acompañamiento para los segundos platos. Merendábamos una o dos onzas de chocolate con pan y la cena solía consistir en un plato de patatas fritas y huevo aunque frecuentemente el menú variaba hacia unas sopas de ajo o un guiso de “fariñes” que acompañábamos con una buena taza de leche y en el otoño “castañas” preparadas de distintas formas, asadas, cocidas o esmondiaes que combinábamos igualmente con el líquido blanco.

En aquella época, las noticias del exterior llegaban al pueblo principalmente a través de una radio de escasas emisoras y contenidos sabia y sutilmente preparados para amodorrar y adoctrinar al oyente. Cómo no recordar de entonces los sensatos consejos, sea cual fuese la materia, de la entrañable Elena Francis que, doy fe disponía de una audiencia tan fiel como para que, durante su emisión, como si de una huelga general se tratara, la comarca sufriera un colapso total en la actividad de sus gentes. O el manantial de lágrimas que nos producía Guillermo Sautier Casaseca con aquella novela, que parecía no tener fin, *Simplemente María* plagada de amores desafortunados y pasiones incontrolables que te desgarraban

el corazón, y como no acordarse de la gota de humor de la dictadura que nos llegaba con el crepúsculo a través de aquella familia tan “nuestra” Matilde, Perico y Periquín.

Fueron años, más que de profundas creencias religiosas, que no era mi caso, de participar en liturgias diarias a través del rosario que celebrábamos cada noche en familia, además de la inexcusable misa de domingo. En mayo, mes de las flores, aprovechábamos para venerar la figura de la Virgen María. Engalanábamos la escuela con flores que los niños recogíamos de los prados y cantábamos en grupo, cada tarde, aquello de “venid y vamos todos con flores...”

Ya en el albor de los años setenta, coincidiendo con aquel “rayo de sol” que nos trajeron los Diablos, fueron llegándome opiniones disonantes con la doctrina oficial y el estado de cosas y yo mismo comencé a plantearme complejos enigmas, algunos aun hoy sin resolver, acerca del porqué de las diferencias sociales, de la nula implicación social de las masas, de la ausencia de controversias políticas, de criminalizar otros credos o ideologías o de porqué el matrimonio tenía repartidas las cargas de aquella manera tan peculiar, los hombres iban al chigre a desahogar sus penas con la bebida y a jugar al tute y las mujeres iban a misa a condolecerse por sus pecados y a orar por si, la familia, el mundo o lo que fuera menester.

Hay quien observará en el transcurrir de la fábula un cierto sesgo machista por la escasa implicación y protagonismo de la mujer. Para ser sincero tal circunstancia no es que fuera premeditada pero tampoco es del todo inocente y tiene que ver con mis vivencias reales de infancia y juventud en que los niños jugábamos en grupo a la guerra y las niñas alimentaban a las muñecas con sus cocinetes y en el instituto nos

separaban por clases y por patios de recreo, habiéndose forjado en tales ambientes amistades, necesariamente masculinas en mi caso, indestructibles. Bajo estas premisas me resultó más sencillo y natural imaginar un relato que guardara ciertas similitudes con aquella realidad personal y colectiva.

Con la muerte del dictador el pueblo, nosotros, fuimos evolucionando al vertiginoso ritmo que marcaban las modas, los adelantos tecnológicos y en nuestro caso las transformaciones sociales, hasta llegar a este momento de la historia en que una gran parte de la población sueña con alcanzar la felicidad a través de la potencia de un motor, de la acumulación de televisores en cada pieza de la casa o de producir la envidia ajena tras haber realizado el viaje más largo al paraje más idílico y pintoresco jamás imaginado, aunque en su itinerario se hubiera tenido como únicos acompañantes a la amarga soledad y al pertinaz hastío.

Sin entrar en matices de carácter ideológico que también necesariamente tienen que ver, nuestro peregrinaje, desde la noche de los tiempos a los de hoy y es de suponer que a los que van a venir, siempre estuvo marcado por la pretensión de “crecer”, “ser más”, “acumular”, algo por otro lado natural y consustancial a nuestra especie. Sin embargo en esa carrera de fondo, sin meta posible, que nos hemos marcado hay algo perverso, por las razones que sean, en cierto modo ajenas a nosotros mismos, es como si “la acumulación de riqueza” guardara una relación inversamente proporcional a aquello de “alcanzar la felicidad”, a mayor riqueza y menos problemas reales, mayores depresiones y un avinagramiento progresivo del carácter. Pienso que ello obedece a la merma, sino el abandono, de determinados sostenes necesarios para un natural

equilibrio emocional. Uno de ellos, lo encontramos en “las ilusiones”, la principal de ellas, sería la de alcanzar un grado de estabilidad económico que nos permita primero sobrevivir, para pelear luego por un nivel de bienestar básico. Tal parece que una vez cubiertos esos dos objetivos, fuéramos incapaces de generar otros nuevos y persistiéramos en la misma dinámica, pero ahora ya de un modo más agresivo y animal y dándole la espalda, de una manera definitiva a las cosas humildes que no parecen otra cosa que molestas chinas en el pie que nos distraen del objetivo principal. De tal modo que al son de “al que la pille pa él” nos olvidamos de que lo importante no es por ejemplo el dinero que puedas percibir por la autoría de un libro, salvo claro está que sea tu exclusiva profesión, sino que lo verdaderamente gratificante fue el hecho de escribirlo. No me imagino a Cervantes redactando el Quijote con la única pretensión de sacarle un beneficio económico.

Por otro lado están “los nuestros”, esos seres reconocibles, disfrazados de familiares, amigos o simplemente conocidos que no hacen las más de las veces otra cosa que jeringarnos con sus monsergas y que en ocasiones nos resultan aburridos, pero que son, en definitiva, los compañeros de asiento en el prodigioso viaje de la vida y a quienes debemos proteger pues sin su concurso, nada seríamos y nada tendría sentido.

Por último, como elemento principal de nuestra esencia como personas, al situarnos en un tiempo y en un espacio concreto y que nos liga con la historia, están “nuestras raíces”. No me imagino que alguien pueda vivir sin su pasado y lo que ello encierra de “íntimo”, hermoso y amargo, entrañable y cultural a un tiempo y como no soy capaz de imaginar a nadie sin un pueblo de referencia como pueda ser el Cantillu.

I

Lolo irrumpió en la carretera general con paso tranquilo sin prestar atención a los pitidos que venían de los coches, y ralentizó su marcha hasta el punto de pararse al tiempo de entrar en la cafetería. Los clientes se percataron de su presencia al oírle decir, en un tono entre apremiante y cariñoso, “arremio Linda, mecagüen sos” a una vaca de desigual cornamenta que se resistía a traspasar el umbral. Sacó un trozo de pan de uno de los bolsillos de su chaqueta, alargó el brazo hacía atrás con el reclamo y echó a andar de nuevo. El animal aceptó el ofrecimiento y le siguió, dando rabotadas a unos y otros, hasta alcanzar la puerta que daba a la calle de atrás.

Hacía ya treinta años que Lolo se había recluido, junto con su ganado, en la zona alta del monte. Bajaba de la braña cuando necesitaba provisiones, pero en las escasas ocasiones en que bajaba lo hacía a lo grande. Lo habitual era que tardara varios días en regresar, pues ese día lo tomaba de fiesta y bebía hasta que le entraban unas ganas insoportables de pegarse con la autoridad. “Es buena gente”, decían de él, “pero tiene esa manía, qué se le va a hacer”. La guardia urbana le esquivaba; conocían el chigre donde repostaba y no aparecían en un kilómetro a la redonda hasta que alguien les avisaba de su partida. Sin embargo últimamente se había vuelto desconfiado; era él quien, tras embuchar dos o tres botellas de

vino, acechaba la presa, les esperaba apostado en cualquier esquina y, según aparecían, les gritaba en una extraña mezcla de juramentos, rechinar de dientes y frases ininteligibles, y con grandes aspavientos de brazos, su particular retahíla: “Cago`n la penitencia y el orden, cago`n la burocracia, nun tembléis pequeñinos, pero, cago`n la duda, los uniformes y esti menda nun cogen en la misma calle, así que, no se como decilo, pero mecagüen hasta en el hijo mi madre”, y en ese punto hacía una pausa, en la que aprovechaba para pasar su lengua de animal por todo el labio superior, antes de apuntalar: “Barrunto hosties, cago`n la vinagre”.

Lo cierto era que, invariablemente, la hostia que caía era la que él mismo se daba al dar con el suelo, pues cuando se iba contra ellos lo hacía con el mejor de los propósitos pero con tal impetuosidad y mala puntería, que su metro setenta y sus ciento veinte kilos de peso tropezaban siempre con el hormigón. Luego la historia de siempre: antes de enderezarse ya notaba las esposas de los guardias ciñendo sus muñecas. Aquella noche dormía entre rejas y cuando amanecía se sentía culpable y pedía disculpas a todo el mundo, normalmente a la limpiadora de la prisión con quien, con el paso de los años, había entablado una extraña relación de amistad que, al menos para él, tenía el valor de lo excepcional por considerarla única desde que alcanzara el uso de razón. No contaba, claro está, la relación con sus animales, con quienes sí que en ocasiones había conseguido establecer unos vínculos de afectividad emocional y pasión carnal significativos. La mujer, desconectada de los oídos y sobresaliente en carnes, asentía y reía siempre, sin asomo de doblez, cualesquiera que fuesen las palabras que Lolo le dirigía.

Ya en la calle de atrás hizo un guiño a una señora de avanzada edad que huyó despavorida. Sin apenas levantar la vista vislumbró un cielo gris manchado de ligeros tonos azules, encaminó sus pasos al mercado y recapacitó de nuevo sobre los cuartos que habría de pedir por aquella vaca de la que tanto se había encariñado, pero cuya venta, desgraciadamente, no podía retrasar más pues el animal se había hecho demasiado mayor.

“He de darme prisa en cerrar el trato”, se dijo. “Por nada del mundo quiero llegar tarde al juicio”.

Los jueves era día de mercado. Laviana parecía entonces un zoco árabe por el bullicio y trasiego de la multitud de personas que, llegadas de los pueblos del contorno, la visitaban. Algunos mercadeaban con productos de sus huertas o animales de sus granjas. Se instalaban en los aledaños de la plaza del Ayuntamiento sin más acomodo que una sencilla silla de cocina traída para la ocasión, y desde allí emulaban a los profesionales en el arte de vender.

“Ay fía, no le des vueltas, conejos así ya no quedan, siempre comió sano; comida natural, ya me entiendes. No te quepa la menor duda, para lo que es, va regalado. Toma, comprueba tú misma lo que pesa: no baja ni un gramo de los cuatro kilos. La lata que da criar un ejemplar como éste, y lo delicados que son, que estiran la pata cuando menos te lo esperas. Y el precio que te doy es por tratarse de ti, preciosa, que cada día te veo más guapa y más joven, no sé cómo te las arreglas; en cambio yo, ya me ves, como siempre, con el *cuchu pegau* al diente. Y a tus hijos que tal les va, hace tanto que no les veo que seguro que ya ni los conozco, crecen tanto y tan deprisa que no se cree”. A esto, en ocasiones, respondía

la otra ya con la escopeta a punto: “Ay fía, ya sabes, los hijos como siempre, ausentes, igual que su padre, cosas de la soltería, ya sabes, por cierto el conejo quédatelo tu que te hará más falta y, ya de paso, seguro que me lo agradece el tu hombre mientras te lo come”.

Los curiosos se arremolinaban en torno a los puestos que ofrecían lo más llamativo, y cuando en un mismo sitio se congregaban más de tres personas, aunque miraran algo tan sin sustancia como pudiera ser un viejo cencerro y su peculiar sonido, el resto se sentía en la obligación de pararse, y cuanto más crecía el grupo mayor atracción ejercía y más engordaba, hasta que a alguien le venía la luz y daba media vuelta y se marchaba mascullando algo así como “seré gilipollas”, gesto que solía preceder a la disolución del grupo.